

OFICIOS DE LA ALIMENTACIÓN Y PATRONES/5

La esperanza de los apicultores está en san Ambrosio

CULTURA

24_04_2021

*Liana
Marabini*



Es una cálida mañana de junio del año 384, estamos en Milán, en la basílica de la ciudad. Un joven apuesto entra tratando de no hacer ruido. Se sienta al fondo, ajustando su túnica blanca. Está allí para complacer a su madre, que lleva días

presionándole para que vaya a escuchar al predicador. Ella va todos los días y obtiene grandes beneficios de ello. Pero para él es puro aburrimiento. No es creyente y considera todo esto una pérdida de tiempo. Se encuentra en Milán porque, gracias a la ayuda del prefecto de Roma Quinto Aurelio Simmaco, por recomendación de los maniqueos, ha logrado obtener la cátedra de retórica en esta rica ciudad.

El joven era Agustín de Hipona, su madre era Mónica y el predicador era Ambrosio. Hoy los tres son santos de la Iglesia.

Pero volvamos a ese día lejano. Agustín sólo escuchó el final del sermón y, contra todo pronóstico, su corazón ya estaba subyugado por las palabras de Ambrosio.

Siguieron otros días, otros sermones, otras puertas que se abrieron lentamente, una tras otra, en el alma de Agustín. Así hasta la conversión, el bautismo tres años más tarde en el 387 (celebrado por el propio Ambrosio) y la extraordinaria vocación que Agustín iba a abrazar con fervor y amor infinito, y que iba a terminar en su violenta muerte, a manos de las hordas bárbaras, años más tarde.

Pero en aquella mañana de junio, en aquella ciudad insignia del imperio de Valentín (Milán, con sus casi 130.000 habitantes, es una ciudad floreciente de actividad productiva, centro de comercio y riqueza), Agustín no sabía aún que le esperaba un destino extraordinario. Todo gracias a ese hombre, a Ambrosio, sacerdote, obispo, predicador y filósofo de la verdad: un tema que había “acelerado” la conversión de Agustín

Pero además de esto, Ambrosio era un gran amante de las abejas y la miel. No es casualidad que sea el patrón de los apicultores. Su afición por las abejas comenzó mucho antes, durante su infancia. Se dice que Ambrosio, de niño, fue llevado al jardín por su nodriza. La mujer colocó la cuna y luego entró en casa a buscar algo. En ese corto periodo de tiempo, un enjambre de abejas rodeó la cuna y, al ver que el niño dormía con la boca abierta, exploraron esa pequeña cavidad, entrando y saliendo de ella sin ser molestados. Ambrosio siguió durmiendo sin darse cuenta, las abejas no molestaron al bebé, que no notó nada y no se despertó. Su padre, que había llegado entretanto, tuvo un primer momento de pánico y asombro, pero luego consideró aquel suceso como un acontecimiento prodigioso y prohibió a la enfermera que ahuyentara a las abejas. Fueron éstas las que volaron espontáneamente hacia el cielo, tan alto que ya no se podían ver. Y el padre de Ambrosio, prefecto de la Galia, dio gracias al Señor, ofreciendo a su hijo a Dios en oración.

El episodio está representado de forma estupenda en un detalle del Altar de Vuolvinio de la Basílica de San Ambrosio, que muestra al pequeño en la cuna alimentado por abejas (una ocasión para visitar la Basílica y descubrir muchas obras de arte). Ambrosio amó durante toda su vida las abejas, él mismo las criaba y ofrecía miel a los pobres.

Cuando creció, se convirtió en gobernador, obispo, escritor y protector de los pobres. Es venerado como santo por todas las iglesias cristianas que prevén el culto de los santos; en particular, la Iglesia católica lo cuenta entre los cuatro mayores doctores de la Iglesia occidental, junto con san Jerónimo, san Agustín y san Gregorio I Papa. Su historia es tan rica y compleja que merece un estudio en profundidad que las páginas de este periódico no nos permiten por razones de espacio. Nos detenemos en la relación de Ambrosio con las abejas y los apicultores.

La apicultura es la forma de cría más universal que existe. Los hombres la han practicado en todos los tiempos, en todas las latitudes y en todos los climas. Donde hay vida humana, también hay abejas.

El hombre ha utilizado la miel desde el principio de los tiempos. Una pintura rupestre neolítica de la "cueva de la Araña", situada cerca de Valencia (España), que data de alrededor del año 5000 a.C., muestra a una persona colgada de unas vides que, rodeada de abejas voladoras, introduce una mano en el tronco de un árbol en busca del panal lleno de miel, mientras con la otra sostiene la cesta en la que depositará la cosecha (en la foto de la derecha).

Otra prueba interesante que también se remonta a una cultura prehistórica (aunque cronológicamente es mucho más reciente) viene dada por un grafito de Matobo Hills, en Zimbabue. Muestra a un hombre ahumando un nido de abejas para extraer la miel. La pintura rupestre, que posiblemente se remonta al principio de nuestra era, puede ser la documentación más antigua del uso del humo en el tratamiento de las abejas.

En realidad, no sabemos con certeza de cuándo data la verdadera apicultura, pero sin duda era una actividad normal en Egipto durante el Reino Antiguo. De hecho, las escenas de recolección y conservación de la miel están representadas en un bajorrelieve del templo solar del soberano de la V dinastía, Niuserra, en Abu Gurab, que data del año 2400 a.C., en el que también se encuentra la primera representación conocida de una colmena.

En la Europa medieval, la apicultura se siguió practicando sin interrupción; varias órdenes monásticas dedicaron especial atención a esta actividad, también por la necesidad de conseguir la cera necesaria para las velas y los cirios utilizados en las iglesias.

A finales de la Edad Media también volvieron a aparecer tratados teóricos sobre el tema, como el incluido en la obra de Pietro de' Crescenzi sobre agronomía (en la foto de la izquierda, el *Tacuinum Sanitatis*, siglo XIV).

En el siglo XIX el sector apícola experimentó un gran desarrollo en todo el mundo. La colmena de paja con panales móviles de tipo griego había inspirado a lo largo de los siglos algunas invenciones hacia la colmena racional, pero todas se habían paralizado. En 1851, Lorenzo Langstroth (1810-1895), pastor luterano estadounidense y apicultor, retomó algunas experiencias anteriores e inventó el panal móvil, que abrió el camino a numerosos inventos: muchos de los cuales no acaban bien y de otros tantos no tenemos suficiente información. Sin embargo, algunos de ellos provocaron en pocos años una auténtica revolución que dio lugar a la colmena moderna.

A diferencia de la antigua colmena, la nueva estructura consistía en un módulo básico que contenía un sistema modular de panales móviles para el periodo de cosecha. En 1857 le siguieron las láminas de cera y en 1865 el extractor de miel centrífugo, que selló el nacimiento de la apicultura moderna.

Hoy en día, en muchas partes del mundo, las abejas están en grave peligro. El uso intensivo de insecticidas en la agricultura es el principal factor de exterminio de las abejas. Todos debemos comprometernos a salvarlas, rindiendo homenaje al gran santo que fue Ambrosio, y no sólo el 7 de diciembre, cuando celebramos su fiesta, sino siempre. Porque al salvar a las abejas, nos salvamos a nosotros mismos